

Homilía: 2do Domingo de Pascua – Domingo de la Divina Misericordia - Año B – Abril 7, 2024

Hoy celebramos el Segundo Domingo de Pascua, también conocido como "Domingo de la Divina Misericordia".

Esta fiesta de la Divina Misericordia nos recuerda muchas parábolas enseñadas por Jesús que enfatizan la misericordia de Dios. Recordemos las tres hermosas parábolas en Lucas 15. Dios es como un pastor que deja noventa y nueve ovejas para ir en busca de la perdida. Dios es como una mujer que busca en toda la casa para encontrar la moneda que perdió. Dios es como un padre que sale de la casa para dar la bienvenida a su hijo pródigo, que sale de la casa por segunda vez para atraer al hijo mayor a entrar y unirse a la fiesta.

"El Papa Juan Pablo II dijo en su Homilía para la CANONIZACIÓN DE SOR MARÍA FAUSTINA KOWALSKA. El *Domingo 30 de abril del 2000*

[La misericordia divina llega a los hombres a través del corazón de Cristo crucificado: "Hija mía, di que soy el Amor y la Misericordia en persona", pedirá Jesús a sor Faustina (*Diario*, p. 374). Cristo derrama esta misericordia sobre la humanidad mediante el envío del Espíritu que, en la Trinidad, es la Persona-Amor. Y ¿acaso no es la misericordia un "segundo nombre" del amor (cf. [\*Dives in misericordia\*](#), 7), entendido en su aspecto más profundo y tierno, en su actitud de aliviar cualquier necesidad, sobre todo en su inmensa capacidad de perdón?

Pero, como sucedió con los Apóstoles, es necesario que también la humanidad de hoy acoja en el cenáculo de la historia a Cristo resucitado, que muestra las heridas de su crucifixión y repite: "Paz a vosotros". Es preciso que la humanidad se deje penetrar e impregnar por el Espíritu que Cristo resucitado le infunde. El Espíritu sana las heridas de nuestro corazón, derriba las barreras que nos separan de Dios y nos desunen entre nosotros, y nos devuelve la alegría del amor del Padre y la de la unidad fraterna.

Su mensaje de misericordia continúa llegando a nosotros a través de sus manos extendidas al hombre que sufre.

En efecto, no es fácil amar con un amor profundo, constituido por una entrega auténtica de sí. Este amor se aprende sólo en la escuela de Dios, al calor de su caridad. Fijando nuestra mirada en él, sintonizándonos con su corazón de Padre, llegamos a ser capaces de mirar a nuestros hermanos con ojos nuevos, con una actitud de gratuidad y comunión, de generosidad y perdón. *¡Todo esto es misericordia!*

Sor Faustina Kowalska dejó escrito en su *Diario*: "Experimento un dolor tremendo cuando observo los sufrimientos del prójimo. Todos los dolores del prójimo repercuten en mi corazón; llevo en mi corazón sus angustias, de modo que me destruyen también físicamente. Desearía que todos los dolores recayeran sobre mí, para aliviar al prójimo" (p. 365). ¡Hasta ese punto de comunión lleva el amor cuando se mide según el amor a Dios!

En este amor debe inspirarse la humanidad hoy para afrontar la crisis de sentido, los desafíos de las necesidades más diversas y, sobre todo, la exigencia de salvaguardar la dignidad de toda persona humana. Así, el mensaje de la misericordia divina es, implícitamente, también un *mensaje sobre el valor de todo hombre*. Toda persona es valiosa a los ojos de Dios, Cristo dio su vida por cada uno, y a todos el Padre concede su Espíritu y ofrece el acceso a su intimidad.

Este mensaje consolador se dirige sobre todo a quienes, afligidos por una prueba particularmente dura o abrumados por el peso de los pecados cometidos, han perdido la confianza en la vida y han sentido la tentación de caer en la desesperación. A ellos se presenta el rostro dulce de Cristo y hasta ellos llegan los rayos de luz que parten de su corazón e iluminan, calientan, señalan el camino e infunden esperanza. ¡A cuántas almas ha consolado ya la invocación "Jesús, en ti confío", que la Providencia sugirió a través de sor Faustina! Este sencillo acto de abandono a Jesús disipa las nubes más densas e introduce un rayo de luz en la vida de cada uno.]

La confianza en Jesús es la esencia del mensaje de misericordia que recibió Sor Faustina. Cuando vamos a una fuente pública, podemos sacar agua de ella siempre y cuando tengamos un recipiente o vasija de algún tipo para poner agua. Si nuestra vasija es pequeña, solo podemos

traer un poco de agua; Si es grande, podemos traer mucho. Y cualquiera que tenga una vasija puede sacar agua de la fuente. El agua está ahí para nosotros, y nadie está excluido. Todo lo que necesitamos es una vasija.

Lo mismo sucede con la misericordia de Dios. En repetidas revelaciones a Santa Faustina, Nuestro Divino Salvador deja claro que la fuente es Su Corazón, el agua es Su misericordia y la vasija es la confianza.

¡Mis amados hermanos y hermanas! En la misericordia de Dios, todas nuestras heridas, rencores y enfermedades encuentran sanación. Su misericordia no se mantiene a distancia: busca encontrar todas las formas de pobreza y liberar a este mundo de tantos tipos de esclavitud. La misericordia de Dios desea llegar a las heridas de todos, y curarlas. Ser apóstoles de la misericordia significa tocar y apaciguar las heridas que hoy afligen el cuerpo y el alma de muchos de nuestros hermanos y hermanas. Al curar estas heridas, profesamos a Jesús; lo hacemos presente y vivo; permitimos que los demás, que tocan su misericordia con sus propias manos, lo reconozcan como "Señor y Dios" (Jn 20,28), como hizo el apóstol Tomás. Esta es la misión que nos encomienda. Mucha gente pide ser escuchada y comprendida. Para ser proclamado y escrito en nuestra vida cotidiana, el Evangelio de la Misericordia busca personas con un corazón paciente y abierto, "buenos samaritanos" que comprendan la compasión y el silencio ante el misterio de cada hermano y hermana. El Evangelio de la Misericordia requiere siervos generosos y alegres, personas que aman libremente sin esperar nada a cambio.

En este Domingo de la Divina Misericordia, nosotros, los fieles, estamos llamados a reflexionar personalmente sobre las gracias ganadas a través de la vida, muerte y resurrección de Jesucristo. De esta manera, nuestros corazones pueden ser más conscientes de la misericordia de Dios para nosotros personalmente y por el bien del mundo.

En el Evangelio de hoy, vemos cómo el apóstol Tomás experimenta personalmente esta misericordia de Dios, que tiene un rostro visible, el rostro de Jesús, Jesús resucitado. Tomás no cree cuando los otros Apóstoles le dicen: "Hemos visto al Señor". No le basta con que Jesús lo haya dicho anteriormente, y que lo haya prometido: "Al tercer día resucitaré". Tomás quiere ver;

quiere poner su mano en el lugar de los clavos y la herida en el costado de Jesús. ¿Y cómo reacciona Jesús? Con paciencia: Jesús no abandona a Tomás en su obstinada incredulidad, le da una semana de plazo, no cierra la puerta, espera. Tomás reconoce su propia pobreza y su poca fe cuando dice: "¡Señor mío y Dios mío!" Con esta invocación sencilla pero llena de fe, responde a la paciencia de Jesús. Se deja envolver por la misericordia divina; lo ve ante sus ojos, en las llagas de las manos y de los pies de Cristo, y en su costado abierto, y descubre la confianza: es un hombre nuevo, ya no un incrédulo, sino un creyente.

Por último, el Apóstol pudo «tocar» con sus propias manos el misterio pascual, que manifestaba plenamente el amor redentor de Dios (cf. Ef 2, 4). También todos nosotros somos como Tomás: en este segundo domingo de Pascua (Domingo de la Divina Misericordia), estamos llamados a contemplar, en las llagas del Resucitado, la Divina Misericordia, que supera todos los límites humanos y resplandece sobre las tinieblas del mal y del pecado. En Sus heridas, Él nos sana y perdona todos nuestros pecados. Que nuestra Madre, la Virgen María, nos ayude a ser misericordiosos con los demás como Jesús lo es con nosotros. Jesús, en Ti confió!